

JOAN JUNYENT
www.actuatu.com



LAS CLAVES PARA UNA CULTURA DE PREVENCIÓN

EL GRAN SILENCIO

SCIENTIA


abadía
EDITORS

El autor

Joan Junyent Dalmases, Valls de Torroella (Barcelona), 1965. Es Ingeniero Técnico de Minas y Master en Prevención de Riesgos Laborales. Con una experiencia de más de quince años de trabajo en interior de minas, ejerciendo desde Jefe de Turno hasta el cargo de Director.

Es un apasionado de la lectura y en sus ratos libres ejerce de escritor.

El libro

Es justo en esta mezcla de escritor y Técnico en Minas y Prevención donde nace la idea del libro.

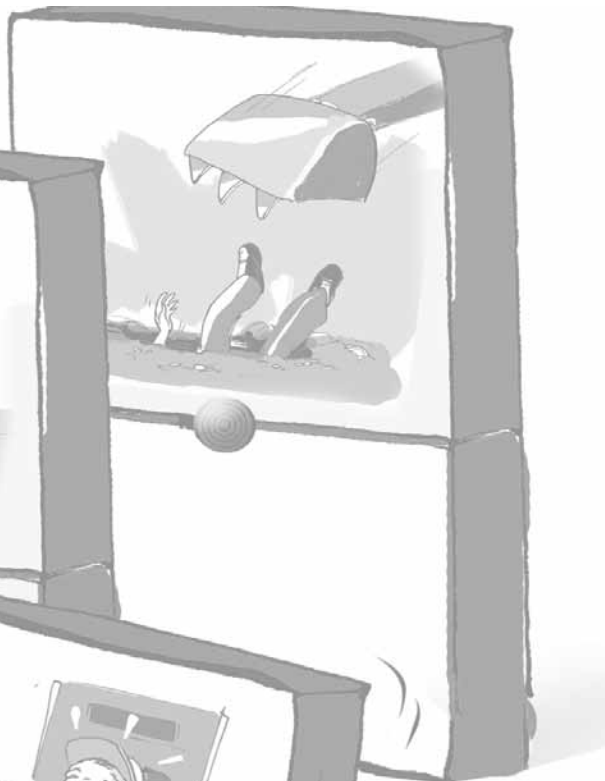
En un entorno plagado de libros técnicos, *El gran silencio* es un libro necesario que ofrece una visión simple sobre lo que es y lo que implica la prevención desde un punto de vista nada habitual. Es una historia amena, con curiosas y comprensibles reflexiones que pretenden un acercamiento de la prevención a los conductores/as y a los trabajadores/as.

Dentro de unas vidas, las nuestras, vividas de forma estresada, *El gran silencio* pretende hacer pasar un rato divertido, a la vez que encadenamos una serie de razonamientos no por ello faltos de rigor.

El gran silencio se sirve del análisis de un accidente laboral en una mina, pero en gran medida todo lo expuesto se puede aplicar a los accidentes en general y a los de tráfico en particular. Como ejercicio entretenido, proponemos que antes de la lectura te imagines un posible accidente, de forma que al avanzar en la lectura hagas correr tu accidente imaginario en paralelo a la historia que leerás, buscando las conexiones y las coincidencias que con seguridad hallarás.

¡Que disfrutes la lectura!

El autor



El Gran Silencio

Un accidente setecientos metros bajo tierra

1



Lunes, martes, miércoles... Uno tras otro los días pasan como un río manso, hasta que, de golpe, un sobresalto nos obliga a despertar.

Aún hoy no sé cómo intuí que ése sería un día muy diferente, pero lo supe. Sólo recuerdo que la noche parecía más negra y triste de lo habitual. Y que sentía frío.

Faltaba apenas una hora para que empezara a clarear.

Llegué al aparcamiento y ahí estaban todos, más callados y más quietos que nunca, pero bruscamente despiertos por la cruda realidad.

La plaza estaba llena de personas, cuando deberían prepararse para el cambio de turno o irse a dormir con su relevo finalizado.

Y entonces ya no tuve ninguna duda: los trabajos estaban detenidos. Y detener los trabajos significaba un accidente mortal en la mina...

Las puntas de los cigarrillos se iluminaban en las zonas más oscuras, donde mis compañeros escondían sus lágrimas. Y se desplazaban con pasos lentos, sonámbulos, sin saber dónde acudir.

Tampoco había que acudir a ningún sitio, ahora. Porque **ahora** ya era tarde. **Ahora** ya no había nada que hacer.

La oscuridad y el silencio dominaban la escena. También el dolor y la pena.

Grupitos de sombras que hablaban bajito. Mineros vestidos de calle, sin casco de minero ni botas, sin ánimo y sin alegría. Sin cánticos de minero.

Gigantes llorosos y sencillos, capaces de arrancar las entrañas de la tierra, capaces de amar ese trabajo tan duro, golpeados en su corazón por una pérdida absurda.

Uno de sus compañeros no volvería a sonreír nunca más...

Aparqué el coche con actitud apática y anduve, lento, hacia el grupo más cercano.

Son tres las preguntas que sacuden tu cabeza en esos momentos:

¿**Qué** ha pasado?

¿**Cómo** ha pasado?

¿A **quién** ha pasado?

Pero entre las tres una brilla con luz propia:

¿Quién?

Porque su respuesta es la más dolorosa. Porque esa respuesta señala a una persona concreta, una cara, una familia, un amigo... **¿Quién?**

Mi mente voló, y aún recuerdo como si fuera ayer el día que accedí a la empresa.

—Pase, Álex. Cierre la puerta y siéntese, por favor.

Mi jefe requería por primera vez mi presencia a solas. Tenía referencias suficientes de su fama de duro, así que, temeroso, me senté y esperé.

—Álex, le ruego que me escuche con atención, porque es muy importante lo que voy a contarle.

Tragué saliva y me quedé quieto y atento como un radar.

—Nuestra principal dificultad —siguió mi jefe— pasa por conseguir trabajar sin accidentes. Nos movemos bajo tierra, con grandes máquinas y el riesgo que ello comporta, con lo que nuestra atención siempre debe ser máxima. Mire nuestras estadísticas: cada año muere una persona en la mina, y si, como ocurre a veces, algún año lo salvamos en blanco, el siguiente año fallecen dos. —Mi jefe hizo un alto para permitirme calibrar con precisión sus palabras, palabras que grabé para siempre en mi memoria.— Así pues, le ruego encarecidamente que emplee todos sus esfuerzos para ayudar a conseguir romper estas cifras de una vez por todas. Será, sin duda, el mejor logro que podamos conseguir.

Las duras palabras de mi jefe quedaron tatuadas como hierro candente en mi cerebro, y a la vez me indicaban que no debía tenerle miedo a él ni a su duro carácter, sino a los terribles accidentes. Sin

duda ése era nuestro reto. Así pues, los accidentes pasaron a ser mi enemigo. Desde ese mismo instante puse toda mi determinación, sin ninguna reserva, en cumplir con los nobles objetivos fijados por mi jefe.

El enemigo son los accidentes.

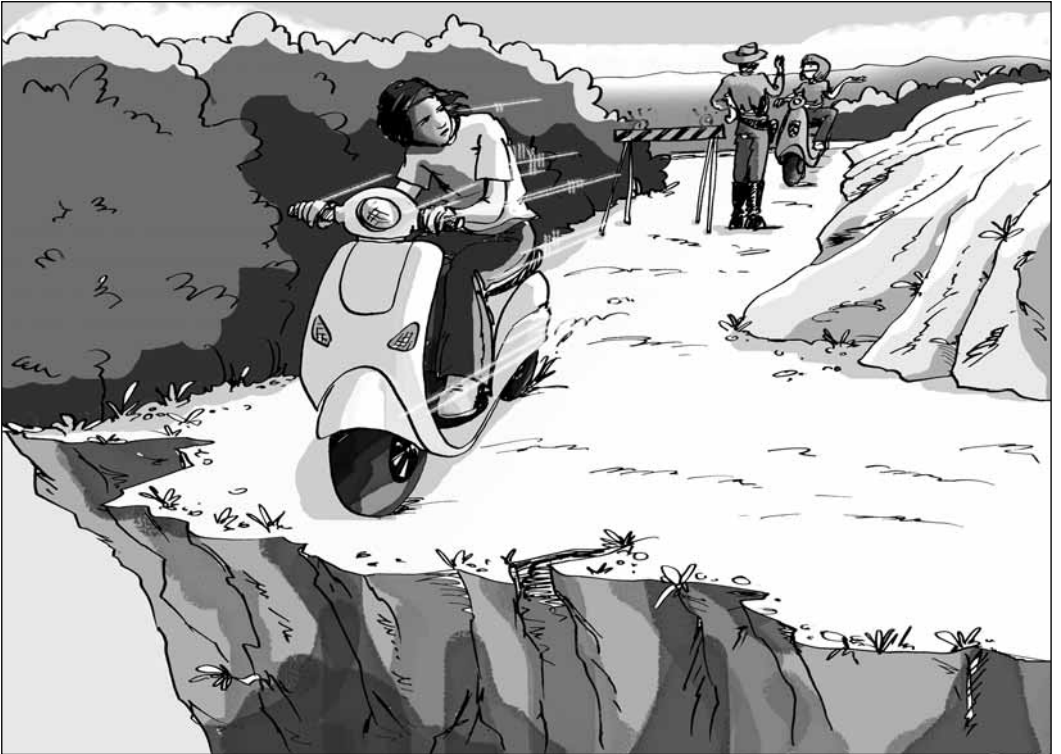
Pero también recuerdo cómo esa breve charla condicionó mi forma de ver las cosas.

Andaba por la mina preguntándome quién sería el próximo. Charlaba con uno, ayudaba a otro..., y frecuentemente me preguntaba: "¿Será éste, el próximo?" Pero rápidamente desechaba la idea, deseando que aquélla no fuera la realidad.

Hasta que descubrí que, ciertamente, aquélla no era la realidad. Fue en los vestuarios, ya en la calle. Me estaba afeitando, justo antes de ducharme, cuando rondó de nuevo la pregunta por mi cabeza: "¿Quién será el próximo?", mientras observaba el reflejo de mis compañeros cruzando desnudos detrás de mí hasta las duchas o desde ellas. ¿Cuál de ellos sería?

El espejo empañado me devolvía una imagen borrosa y pensé que reflejaba una realidad deformada, hasta que comprobé que son nuestros ojos los que en verdad deforman la realidad. Descubrí que los ojos de cada uno sólo miran hacia fuera, y que ese particular ángulo de visión a veces es excluyente. ¿No podría ser el siguiente ese cabezón con espuma en la cara que me miraba desde la primera fila y que no era nada más que mi reflejo? Claro que podría ser, por supuesto que sí.

*No te confundas de enemigo.
Eso solo hará que gran parte de
tus esfuerzos sean estériles*



El enemigo son los accidentes

Sólo a través del espejo observé la realidad, porque ahí estábamos todos, incluso YO. Así pues, YO también debía protegerme.

¿Quién me pensaba que era, yo, para querer proteger a los demás antes de protegerme YO primero?

Fue en ese instante cuando nació en mí una forma de actuar nueva, sin que ese YO, descubierto en el espejo, nunca más quedara en el olvido.

Las acciones parten casi siempre de uno mismo...

Súbitamente volví a la realidad, en esa noche fría. **¿Quién?** ¿Quién sería esta vez?

Pero antes de preguntar ya sientes el mordisco del miedo. Miedo a que contesten que Sí, que es cierto lo que ya sabes, que alguien ha muerto. Y un miedo aún mayor, que burbujea por todo tu cuerpo, de que ese alguien sea tu amigo, al que no volverás a hablar... Porque las personas se dividen en amigos, conocidos y otros. Y sus muertes no todas duelen igual.

—**¿Quién** ha sido? —pregunté con un hilo de voz, mientras buscaba con la mirada esa sonrisa que faltaba, esa sonrisa con un **nombre propio**.

Las caras serias de unos y los rostros desencajados de dolor de los otros daban las primeras pistas. Sólo había que ser buen observador.

—Durán —me contestó alguien—. Lo siento, creo que os llevábais bien.

José Durán Costa, de treinta y cuatro años, casado, con una hija y toda una vida por delante.

Ése era mi amigo accidentado. Ése era el nombre completo que esta vez las iniciales del periódico no me podrían ocultar.

Noté cómo la garganta y el pecho se atenazaban. Una bola que crece y te oprime desde dentro. Te duele tanto que no puedes hablar ni llorar, y apenas puedes respirar. La rabia y miles de calambres sacuden todo tu cuerpo y sientes frío en los huesos y no eres dueño de tus acciones. La vida empieza a andar más despacio y todo pasa como en un sueño, parece irreal... Las voces, los sonidos..., todo se vuelve borroso. Estás como en una burbuja que te aísla del mundo. Porque en un primer momento te niegas a aceptar lo que ahora ya no tiene remedio.

Un accidente acontecido ya no tiene remedio.

No podemos buscar la solución en el momento que ya no existe el remedio.

Anduve como suspendido en el aire hacia las oficinas, sin considerar las explicaciones recibidas de forma atropellada.

Durán había muerto a las tres y veinte de la madrugada, con el pecho aplastado. La máquina de perforación que conducía, un Jumbo, había volcado, y Durán quedó atrapado con el cuerpo fuera de la cabina. Fue auxiliado por dos mecánicos, que, con rapidez, lo trasladaron en camilla, pero ya fue inútil. El doctor de guardia, alertado, les esperaba en la boca de la mina, pero la vida de Durán se apagaba sin remedio. El auxilio había sido en vano, y allí mismo se certificó la defunción. El cadáver de Durán se hallaba en el tanatorio.

Mientras caminaba, me acordé de la historia de Durán.

2



Durán se había unido a la compañía catorce meses antes, y fue asignado a mi cargo. Era un gran tipo, que se hacía querer. Sencillo, generoso, trabajador, animoso, positivo, alegre, inteligente y todo lo bueno que se pueda imaginar. Se ganó mi aprecio y mi amistad, y la de todos, en un santiamén.

Pero, además, era un tipo peculiar, con una forma de razonar también peculiar.

A las pocas semanas nos encontramos en la plaza. Yo estaba leyendo el periódico y se sentó a mi lado. María, su hija de cinco años, montaba una bicicleta y me saludó con su manita al pasar frente a mí.

—¿Bonito día, verdad? —me saludó.

—Sí, bonito sol —le contesté, pues era cierto.

Uno de esos bonitos días mansos.

En un movimiento brusco, la bicicleta derrapó y María se fue al suelo. Durán cogió a María con dulzura, la levantó y le acarició las manos y las rodillas. Pasado el susto, la animó a montar de nuevo.

Vi a un padre cariñoso, atento con su hija, a quien ayudaba a volar.

—Son tan frágiles... —me comentó al sentarse de nuevo—. ¿Por qué somos tan ciegos? —Durán señaló el periódico, aunque no entendí a qué se refería.— Fíjate —siguió— en cualquier noticia. Todas acaban igual: por todas partes dolor y muerte. ¿Es que no nos daremos nunca cuenta?

—No entiendo —le dije, y era verdad.

—Claro, porque sólo vemos noticias, iniciales, cifras..., pero detrás, Álex, detrás están las personas. ¿Te has preguntado nunca qué valor le damos, a la vida, Álex? **¿Cuánto vale una vida?**

Durán había soltado la pregunta y calló unos segundos. Lo cierto era que nunca me lo había planteado de esa forma. Antes de poder responder, Durán siguió de nuevo:

—No sabes contestarme, ¿verdad? —se adelantó ante mi silencio—. ¿Qué valor le damos, a la vida de esa niña, Álex? —me preguntó de nuevo con un ademán señalando a María, que seguía pedaleando feliz.

Y me acuerdo que no supe qué pensar... Cualquier vida tiene el mismo valor, sin duda; la suya, la mía... Todas.

La escena había quedado olvidada en mi memoria, pero de camino hacia las oficinas esa madrugada del accidente recuperé estos recuerdos, que encajaban a la perfección, y me quedé con su pregunta. ¡Dios, qué pregunta tan tonta, tan obvia y tan simple! Pero, si la tuviéramos más presente, ¿habría tantas vidas que se pierden pudiendo evitarlo?

Podría ser que sí, Durán, que estuviéramos despistados, ciegos. ¿O es al contrario, Durán? ¿No será que todo vale, mientras no se trate de mi vida?

En cualquier caso, no estamos en el camino correcto y debemos rectificar, porque, sea lo que sea, Durán, Sí, Sí que estamos ciegos.

Durán, tú ya no estás. ¿Cuánto valía tu vida, Durán? Porque esta vez eres Tú, Durán, quien ya no volverá a sonreír...

¿Cuánto vale una vida?

Pero mira la realidad a través del espejo y no te olvides de ti.

¿Cuánto vale TU vida?

Y con facilidad coincidiremos en que sólo existe una respuesta:

MI vida vale todos mis esfuerzos.



3

Cuando llegué a la oficina, mi jefe me esperaba. Ya no era tiempo de lamentarse, debíamos sobreponernos.

—Cámbiate, Álex. Bájate con Tobías e intenta averiguar qué ha sucedido. Quiero un primer informe en media hora. Estaré en la oficina para coordinar todo.

—¿Quiénes fueron los mecánicos? ¿Y dónde están?

—Capellades y Muñoz. Están en la sala de reuniones.

Asentí con la cabeza y me dirigí a los vestuarios. Tras la fachada dura de mi jefe se escondía un hombre sensible. Y estaba jodido... Tan jodido como todos o más. Asumía los accidentes como su directa responsabilidad y yo no lograba convencerle de nada diferente. De nada servía indicarle que éramos un equipo, que la culpa no suele ser de una única persona.

¿Cómo y qué había sucedido?

¿Quién tenía la culpa?

Me vestí con el mono, las botas, el casco y agarré el cinto, la mascarilla y las gafas de protección. Busqué en la oficina lápiz y papel, la cámara fotográfica y la cinta métrica.

Tobías me esperaba en el pasillo. Era uno de los mejores encargados de la empresa, y sus lecciones y su experiencia me habían servido siempre de mucho.

—¿Vamos, Tobías? —le dije sin pararme.

Él se giró y anduvo a mi par. Era un hombre de pocas palabras.

Antes de descender a la mina nos dirigimos a la sala de reuniones. Los dos mecánicos se hallaban sentados con una taza de bebida caliente en sus manos. Tres hombres más les acompañaban. Nadie hablaba.

—Hola, chicos —les saludé al entrar.

Levantaron sus cabezas, pero nadie contestó. Me acerqué a Capellades, el más veterano, y tras unas pocas frases de consuelo le pedí que me contara todo lo que supiera.

—Nos avisó que tenía pérdidas en una manguera de presión del circuito de frenos de su máquina, y hemos bajado a cambiarla. Todo ha ido bien, el Jumbo ha quedado reparado y lo he probado yo mismo. Nos precedía subiendo por la cuesta hasta que se ha parado para pedirnos un cigarro. Yo conducía y Muñoz se lo ha dado. Hemos arrancado de nuevo con el coche y de golpe, detrás



“Los frenos no funcionan bien... Hay una manguera que pierde aceite...”